
LA FILOSOFÍA NO HA MUERTO: HAWKING FILOSOFA CON LA CIENCIA QUE DISPONE EN SU TIEMPO

ANDRÉS MOYA

INTRODUCCIÓN

Escribo una columna semanal para el periódico digital mexicano *Ángel Metropolitano* (<https://angelmetropolitano.com.mx/tag/pensar-desde-la-ciencia/>). *Pensar desde la ciencia* es el título genérico de la columna, que coincide con el de la obrita que publicara hace años (Moya, 2010) y que, como en ella, me dedico a pensar sistemáticamente desde la ciencia, fundamentalmente desde las ciencias de la vida. Ahora mismo llevo del orden de cincuenta columnas escritas y si tuviera que dar una idea genérica sobre qué es lo más relevante que aprecio en ellas, o un posible nexo que las una, me decantaría exactamente por las dos cuestiones que nos proponen los editores de *Ludus Vitalis* para este número especial que conmemora sus veinticinco años de existencia. *Ludus Vitalis*, todo sea dicho de paso, se ha convertido en la voz de la filosofía de las ciencias de la vida en Latinoamérica.

Aunque manifiesto en mis columnas que quiero pensar desde la ciencia, me doy cuenta de que lo que llevo a cabo es una obstinada defensa de la radical necesidad del pensar filosófico —en realidad no solamente este, porque también reclamo las intuiciones que aportan las artes y otras formas de conocimiento— cuando nos encaramos con las cuestiones más profundas y personales, aquellas que están relacionadas con el significado del ser y el sentido de nuestra existencia. Ese pensar filosófico, también es cierto, no puede hacer caso omiso o estar al margen de los hallazgos de la ciencia, pero desde la ciencia no podemos manifestar, como algunos hacen, que la filosofía ha muerto cuando, en realidad, las tesis que defienden, aunque basadas en la ciencia, son esencialmente filosóficas.

Lo que aquí escribo es una adaptación de algunas de las reflexiones que aparecen en algunas de mis columnas orientadas explícitamente a examinar cómo la ciencia, en general, y las ciencias de la vida en particular, influyen en otros saberes y cómo esos otros saberes están presentes en

Instituto de Biología Integrativa de Sistemas, Universitat de València y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, València, España. / Fundación para el Fomento de la Investigación Sanitaria y Biomédica de la Comunidad Valenciana, València, España. / CIBER en Epidemiología y Salud Pública, Madrid, España. / andres.moya@uv.es

las ciencias en formas que requieren un examen minucioso por parte de filósofos e historiadores, principalmente.

LA CIENCIA Y LOS OTROS SABERES

Fue de Heidegger (1999) el filósofo del que aprendí —lo que no deja de ser curioso— la radical forma en cómo la ciencia moderna encara el conocimiento de las cosas del mundo frente a saberes o conocimientos previos en la historia de Occidente. La ciencia no pretende captar por la intuición o la contemplación la esencia de los entes, pues su método es otro; se aproxima a ellos en forma gradual, desde ópticas particulares y especializaciones diferentes, en franca oposición a los saberes y prácticas previos a la ciencia moderna, que suelen estar basados en posturas fundacionales o de sistema filosófico, en intuiciones fundamentales, en creencias teológicas o en captaciones de la realidad a través del arte o la literatura. En la medida en que se aproxima a los entes desde muy diferentes prismas, con una minuciosidad en la interpretación de cómo son y funcionan, la relación que establece con ellos es práctica y utilitaria, dominándolos progresivamente. Para Heidegger la ciencia no es un saber esencial, sino más bien, nada más y nada menos, que un saber práctico. Esa es su radical novedad frente a los saberes tradicionales. Heidegger quería para la filosofía un estatus especial, y lo busca en primera instancia demostrando que la ciencia es un saber práctico y especializado. Pero esto en modo alguno la desmerece, pues hace a la ciencia lo que es: un programa de infinita y continua apertura a la búsqueda de la verdad.

EL TRASFONDO FILOSÓFICO DE LA CIENCIA

Tengo la certeza de dos asuntos: a) que existe siempre un trasfondo filosófico en la ciencia, y b) que los grandes momentos en donde aparecen teorías científicas fundamentales van asociados también a profundas transformaciones filosóficas. Así lo entiende también Koyré, uno de los impulsores de la moderna historiografía de la ciencia. En sus estudios de historia del pensamiento científico Koyré (1977) escribe:

En efecto, estoy profundamente convencido de que el papel de esta “subestructura filosófica” ha sido de una gran importancia y de que la influencia de las concepciones filosóficas sobre el desarrollo de la ciencia ha sido tan grande como el de las concepciones científicas en el desarrollo de la filosofía... nos podrían aducir numerosos ejemplos de esta influencia. Uno de los mejores... nos lo proporciona el periodo postcopernicano de la ciencia, periodo que comúnmente se está de acuerdo en considerar como el de los orígenes de la ciencia moderna; me refiero a la ciencia que dominó el pensamiento europeo durante casi tres siglos, grosso modo, desde Galileo hasta Einstein y Planck o Niels Böhr.

El origen de la ciencia moderna estaría muy vinculado, pues, a cambios importantes en los presupuestos filosóficos de aquellos que la promovieron. Solemos tender a pensar que la ciencia realmente es o debe ser ajena a tales presupuestos, es más, parece deseable quitarse el andamiaje filosófico para quedarnos en el mero descubrimiento de una nueva teoría. Esto no es así. La ciencia es producto de los hombres que la construyen y no se pueden separar tan fácilmente los presupuestos filosóficos de la propia práctica científica. Aunque la imbricación es tan profunda que no resulta sencillo la separación con la aplicación de cualquier cirugía, ese es precisamente el objetivo al que se vienen dedicando muchos historiadores de la ciencia desde que Koyré iniciara el programa historiográfico de investigación de la ciencia: encontrar, con fines explicativos, la cirugía separadora apropiada.

LA EMERGENCIA DE LA CIENCIA Y EL PENSAMIENTO MODERNO

En buena medida, el pensamiento moderno se ha ido desarrollando a partir del nacimiento de la ciencia moderna, el propiciado por Copérnico, Kepler, Galileo y Newton. Cabe señalar que esa ciencia originaria parte de unos supuestos metafísicos importantes con respecto al pensamiento previo (Burt, 1960). La ciencia moderna se elabora a partir del conocimiento del mundo y las leyes que lo rigen. Con una sutil formulación de cuestiones o preguntas formuladas al libro de la naturaleza se van encontrando respuestas sencillas, por ejemplo, la del heliocentrismo con respecto al terracentrismo, para explicar, como hiciera Copérnico, el movimiento de los planetas. Kepler apuesta por un universo regido por leyes matemáticas. Galileo adelanta la importancia de las cualidades primarias —objetivas— que son las que realmente caracterizan a las cosas frente a las cualidades secundarias que el hombre percibe sobre ellas. Con estos mimbres se va construyendo un nuevo posicionamiento metafísico que afirma que la naturaleza no sirve al hombre, ni que por él tiene sentido o deja de tenerlo. Se tardaría más de dos siglos de merma o cuestionamiento de los supuestos metafísicos de la era precientífica hasta que finalmente Darwin se atreviera a sugerirnos, basado en la ciencia, que la especie humana, como cualquier otra, es un producto de la evolución biológica. Es más, con Darwin se nos abre el abismo del problema existencial que supone saber que al igual que hemos llegado a ser podríamos no haber sido y, en última instancia, al igual que muchas otras especies, el poder desaparecer. Nuestro planeta no es el centro de universo, ni tampoco lo es por ser nosotros los que lo habitamos. Así las cosas. Ahora bien, ¿son definitivas todas estas afirmaciones?

PUES NO, PROFESOR HAWKING

Stephen Hawking nos dejó en marzo de 2018, y acaba de aparecer su obra póstuma en español (Hawking, 2018). En forma valiente y melancólica, Hawking afirma que:

Cuando la gente me pregunta si un Dios ha creado el universo, les digo que la pregunta no tiene sentido. Antes del *Big Bang* el tiempo no existía, y por lo tanto no había un tiempo en que Dios pudiera hacer el universo... Todos somos libres de creer lo que queramos, y mi opinión es que la explicación más simple es que no hay Dios. Nadie creó el universo y nadie dirige nuestro destino. Eso me lleva a una profunda comprensión: probablemente no hay cielo ni vida futura. Opino que creer en otra vida es tan solo una ilusión. No hay evidencia fiable de ella y va en contra de todo lo que sabemos en ciencia. Creo que cuando morimos volvemos a ser polvo.

La ciencia parece arrojar tesis fundamentales que, en principio, ya no van a ser sujetas a cambios posteriores. Pero esto entra en franca oposición al carácter abierto del programa en el que la ciencia consiste —*sensu* Heidegger. Realmente necesitamos tener respuestas a algunas preguntas acogiéndonos a los logros de la ciencia actual para obtenerlas. Señalemos que hay una cierta y sutil distancia entre la realidad que nos comunica la ciencia en un momento determinado y la verdad definitiva, inefable en buena medida. Así, aunque parezca contundente en sus tesis, Hawking, abrazándose a su ciencia, acaba por reconocer que Dios no puede existir porque cuando el universo apareció de la nada el tiempo apareció igualmente. Que el tiempo no existiera antes de ese momento es la pieza clave de su argumento contra la existencia de Dios. Pero habría que añadir, y el carismático científico tendría que aceptarlo, que a esa conclusión llega con base en el estado de la ciencia de su tiempo. Obsérvese cómo ya no es tan firme en sus tesis cuando comenta que “probablemente no hay cielo ni vida futura”, que no hay evidencia fiable al respecto que sea científicamente justificable. Puede ser, pero sorprende que buena parte de esta obra póstuma Hawking la dedica a reflexionar sobre cómo será la vida futura de nuestra especie, de nuestro planeta y las dos áreas donde hay que introducir grandes cantidades de recursos en investigación científica fundamental: la exploración por humanos de otros planetas y la inteligencia artificial. Aunque no está seguro de vida futura alguna, apuesta con todas sus fuerzas por ella, y especula sobre cómo podría ser y dónde se ubicaría. Hawking quiere ver nuestra continuidad garantizada, aunque sea con saltos ontológicos notorios, dado que lo humano en el futuro bien pudiera ser transhumano o incluso no orgánico. La filosofía no ha muerto, Hawking filosofa con la ciencia que dispone en su tiempo.

REFERENCIAS

- Burtt, E.A. (1960), *Los fundamentos metafísicos de la ciencia moderna*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Hawking, S. (2018), *Breves respuestas a las grandes preguntas*. Crítica, Barcelona.
- Heidegger, M. (1999), *Introducción a la filosofía*. Cátedra, Madrid.
- Koyré, A. (1977), *Estudios de historia del pensamiento científico*. Siglo XXI, Madrid.
- Moya, A. (2010), *Pensar desde la ciencia*. Trotta, Madrid.

